

Hugo Argüelles

su espíritu

está con nosotros

REYNA BARRERA

Cuando José Antonio Alcaraz se fue y más tarde Hugo Argüelles también, un sávido y alegre diálogo quedó interrumpido, un jocoso encuentro entre sombras chinas, samuráis y dragones que escupiendo fuego, arañando el aire, se perdió en la bruma. Ambos, con palabras agudas y filosas se destrozaban mutuamente, para después reconstruirse. Era un diálogo de volcanes que erucaban lava, ese diálogo quedó silenciado para siempre.

Por ello, escuchando a los dos, ya a uno, ya al otro, el teatro abría sus telones, las luminarias desfilaban por escenarios inauditos y ambos dirigían a dúo una obra que negaban de inmediato. José Antonio, quien provenía de una familia veracruzana, murió el 1 de octubre de 2001 a los 63 años y Hugo Argüelles, también veracruzano, nació en 1932 y murió el 24 de diciembre de 2003 a la edad de 71 años. Ambos delimitaron parte de la cultura teatral de México durante el siglo xx, el uno con sus críticas y el otro con sus creaciones, con el lugar indiscutible de la tercia de ases o más bien de santísima trinidad: Emilio Carballido, Hugo Argüelles y Sergio Magaña, como dramaturgos representativos del teatro nacional.

Tenían en común, que les gustaba comer bien, después de alguna función, lo mejor era una cena en Vips, que se con-

vertía en festín, donde los alumnos de ambos escuchaban peroratas, comentarios, vituperios y alabanzas en andanadas irreverentes de un extremo al otro de la mesa. Pero también en la intimidad, con menos ruido o música de fondo, ambos levantaban estructuras teatrales gigantescas donde la dramaturgia de Hugo Argüelles cobraba dimensiones musicales con las observaciones de Alcaraz.

Así, durante años la obra de Hugo Argüelles me fue conocida a través de las palabras de José Antonio, así aprendí a amar sus "bodrios" (como decía el gordo, para enojar a Hugo el supremo) sublimes y trascendentales. Entonces las duplicidades se encumbraban de manera algebraica, la crítica irónica descalificaba al humor negro, y éste lo era aún más fúnebre que en el papel. Las pláticas de sobremesa, en verdad eran espeluznantes, pero a dichos comensales no les afectaba para nada el apetito o el gusto con el que consumían viandas, lo mismo destrozaban puestas en escena, escenografías que, peor aún, trabajos actorales de primeras actrices o galanes del momento.

Hugo Argüelles era el rey, su majestad ejercía la dictadura con un sentido absoluto de la posesión, del derecho de autor que cobraba de inmediato, podía decir frases absolutas una tras otra de vituperios que iban directo al corazón del infecto esclavo, que en su atrevimiento se insubordinaba. Sus

deseos eran órdenes. Podía, a mitad de la noche pedir un pastel de carne al horno, llevado hasta su casa, servido en sus habitaciones y no convidarle a nadie, ni siquiera a las cocineras que así habían sido requeridas.

Sabía tratar con animales de todo tipo, lo mismo que con los seres humanos y esperar que le amaran y lo temieran con el mismo ímpetu. Se hizo amar, idolatrar y por eso mismo su espíritu está con nosotros, no nos abandonará jamás.

Se sabe, que José Antonio, como muchos otros dramaturgos, críticos, escritores, intelectuales, poetas, pintores y músicos, le escribieron o lo dibujaron y pintaron hasta el cansancio, como si el halago fuese nada para él, siempre esperaba más ¿y qué más se le pudo haber dado? El éxito, la fama, el amor, la amistad, la pleitesía... para ese niño que nació junto al mar de Veracruz y al que sus padres bautizaron como Hugo, quien creyó que iba a ser médico y estudiaba biología con



Alfredo Meléndez

ahínco, que cuando adolescente, visitaba a Gabriela Mistral, quien pasaba temporadas en el puerto, cuando visitaba México y coincidían en los mismos gustos por la música y la literatura poética. Ella le enseñó cómo lograr la concentración e internarse en sí mismo.

El joven que se pensó médico, sin considerar que no iba a ejercer, porque una obra de teatro cambió su destino. Escribió con el humor de tinta negra desde el principio, sería tal vez porque de adolescente le fascinaba ir a ver a los muertos en la Morgue, a observar cómo se hacía una autopsia, para así usar la pluma como estilete, escalpelo agudísimo. Estas observaciones le facilitaron, según creía, hacer estudios profundos de personajes a los que las disecciones les van muy bien. Así como Diego Rivera iba tomado de la mano de la Catrina de José Guadalupe Posada, Hugo caminaba animado por ella, que de tanto en tanto no sólo le murmuraba al oído cosas sobre los personajes, sino también se aficionó tanto a su compañía que en los últimos años, padecimos el jaloneo entre la “Huesuda” y el dramaturgo.

Porque su fuerza, envidia de “Nuestra señora del hueso”, era el sentido del humor (líquido especialmente del cuerpo humano), camaleónico, según las circunstancias, que casi siempre se cubrían de sombras irrisorias. Tenía algunas preferencias, como la clase mediera mexicana, que era el blanco de sus críticas, a la que destazaba, para que chorreara sangre, sin conmiseración, como en Escarabajos; desde entonces cambié mi definición sobre tales insectos faraónicos, son negros como los Cuervos, que por siempre estarán de luto. El negro fue, indudablemente su color favorito.

Hugo vestía como un dandy, con gacné de seda al cuello, bastón de empuñadura de plata, que no sacaba nunca de su casa; pero creo que era una reliquia del caballero Usigli, al que de buena gana hubiera defendido en aquel enfrentamiento con Salvador Novo, supongo que con su voz de tenor y esa mirada de poeta alucinado, Salvador Novo habría retrocedido. Admiraba a Usigli como el maestro de la pieza y lo prefería a Show más que a ningún otro.

Sarcástico hasta cuando cariñoso repartía bofetadas irónicas, que agradecíamos entusiasmados. Recreaba su propio mito, el haber nacido con tal fuerza que cayó al piso (de mármol, como era el de su casa), el que le hubieran anunciado a su madre, en ese momento del parto, que su hijo había nacido muerto; que el tal médico partero se apellidaba “Cuervo”, que la primera vez que su Nana lo llevó a presenciar un ritual afroveracruzano, el hechicero o chamán declaró que ese niño angelical de caireles, tenía un aura con palomas, como algo inédito y maravilloso que le deparaba un futuro excepcional.

Decía de sí mismo que conocía muy bien a hombres y a mujeres, como a los animales, de los que se rodeaba: pastores alemanes de la puerta a la azotea, quiméricos canes urbanos, de muy buena talla, con colmillos de marfil, que rugían de día y de noche, además de aullar a la luna; un estanque de paredes transparentes con peces de varias especies, donde no sabemos por qué faltaban las pirañas ¿Sería porque éstas sólo aman en cuaresma? Por su casa, en pasillos o corredores se veían expuestos toda clase de figuras de alimañas, alebrijes, animadores de farsas fugaces y en patios interiores, como en los recovecos de su intimidad, pululaban las palomas, de casi todas las especies desde las extrañas colipavo hasta las más comunes. Retratadas en los versos de Carlos Pellicer.

Sabía tanto de música que bien podía discutir con cualquier megalómano, que se atreviera, desde la música clásica, de ópera o concierto, los lieds, el blues o la música popular donde las canciones de Agustín Lara, interpretadas por Toña la Negra formaban parte de su colección de más de siete mil discos. Así la música que señala en las didascalias de sus libretos originales forma parte del elenco, responden al diálogo de los personajes, tanto como las canciones, cuya letra era original de Hugo Argüelles.

Nunca permitió que se le cambiase un diálogo, un parlamento, una sola línea, ni una palabra y mucho menos una acción. Acudía personalmente a supervisar los ensayos y sostenía largas conversaciones con el director en turno, además de socializar con las actrices y actores de su obra, acaso para modelar en ellos el alma de sus personajes, validar el espíritu

de la historia y como augur que era: mantener viva la flama de la magia en escena.

Demiurgo, distribuía las estrellas, dividía las aguas y trababa senderos húmedos por donde personajes retraídos a la luz, podían arrastrar el jirón de sus vidas en ambientes sublunares; porque a Hugo le encantaban las horas de la noche, era un tanto vampiro, imitaba a Drácula, enfundado en su bata de seda y recibiendo a sus invitados a media noche, cuando más bien ya los gallos querían quebrar albos y él seguía animoso, contando aventuras felices y apareamientos extraños como La boda negra de las alacranes o La primavera de los escorpiones, mientras sus amigos somnolientos se ríen con carcajadas de resaca desvelada.

Acompañarlo a ensayos o funciones de preestreno o estreno era una verdadera y única experiencia, en los ensayos afo-caba su mirada como si tuviese un par de seguidores sobre la actriz principal (he notado que son más firmes y densos los personajes femeninos que los masculinos), quien después de realizar su escena, sin equívoco ninguno, le enviaba una andanada de besos y arrumacos, agradecida por permitirle actuar.

¡Y qué actrices fueron aquéllas que tuvieron el lujo de ser la figura principal de sus obras! Los cuervos están de luto: María Teresa Montoya; Doña Macabra Carmen Montejo; El cerco de la cabra dorada: Regina Torné; La dama de la luna roja: Elsa Aguirre; La ronda de la hechizada: Ofelia Guilmain; Águila real: Angélica Aragón; Las pirañas aman en cuaresma: Isela Vega; Los caracoles amorosos: Lilia Aragón y otras más.

Su esencia vital era una mezcla entre Eros y Tánatos, bajo este techo, diseñaba o tejía a la manera de las parcas, los hilos invisibles que daban vida a sus títeres, marionetas, personajes, como si fueran un Golem que se debatiera entre la vida y la muerte mientras el Demiurgo sonreía; sacaba de su tumba a los esqueletos y como arqueólogo experimentado los mostraba amorosos, en un ambiente de chungu.

Hugo hacía de sus obras y de su vida un espíritu envolvente, que todo lo invadía, con su carácter fogoso, alimentado por huracanes y vientos marinos: sus palabras hechizantes que al pronunciarlas, como sólo él lo hacía, nos infundía una lección de amor.

Con amor, Reyna Barrera. 🐾